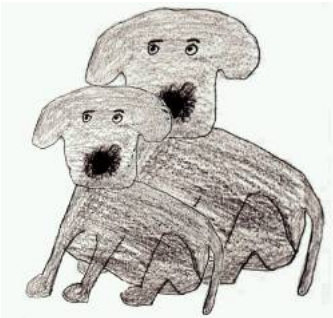


## *Caballeros, hay que dar una buena imagen...*



A las ocho de la noche, finalizó mi guardia de hospital, luego de 24 horas de trabajo muy intenso. Me senté relajado y muy tranquilo, a esperarla a mi novia - enfermera del servicio de pediatría -, en una vieja y apartada mesa del pintoresco bar del hospital, dejándome llevar por ese cansancio aliviado y extraño, propio del que ya realizó su labor diaria y empieza a desear que el tiempo se detenga o por lo menos, transcurra lento y apartado de toda obligación.

Uno de mis colegas - José María -, excelente compañero de aquella guardia de emergencias, se acercó hasta donde yo me encontraba y sin preguntar, se acomodó tranquilamente a mi lado, con su bolso repleto de libros y de ropas, de cansancios y de dudas, de deseos de marcharse pero también de ganas de seguir compartiendo un rato agradable, especialmente con aquellos amigos que muy de tanto en tanto, suele brindarnos nuestro trabajo.

Y unos minutos más tarde, nos saludo uno de los médicos más veteranos del Servicio de Urología - Miguelito Montes -, quien casualmente se encontraba a esa hora, saliendo también del Hospital, luego de completar una larga intervención a la que fue convocado, por una complicación urgente de uno de sus enfermos internados. Pero antes de sentarse con nosotros, husmeo un rato entre las variadas y apetitosas ofertas que podían adquirirse en el mostrador, aunque - como siempre - termino pidiendo su humilde y acostumbrado "cafecito cortado".

Por la ventana observamos a una jauría de diez o doce perros, que retozaba por el interior de los terrenos del hospital, entre la simpatía y la indiferencia del personal de vigilancia, quienes nada hacían por erradicarlos. Era una masa de pelos de todos los colores, con patitas inquietas, iluminados por los intensos focos que rodeaban esa parte del Hospital. Retozaban con esas simpatías primitivas que expresaban en los alegres movimientos de sus colas, con interminables olfateos curiosos e intentos de copulas, que casi siempre terminaban en fracasos o ladridos que ponían límites. El movimiento continuo de aquel grupo de animales, los desplazaba lentamente de un lado para otro, en un espectáculo extraño y curiosamente escandaloso, desfilando ante los enormes ventanales y siendo observado con inusual atención por todos.

No paso demasiado tiempo, hasta que uno de los perros copulo con una hembra y al rato, luego de esforzados vaivenes naturales, vimos que realizaban el segundo movimiento de sus copulas perrunas, girando y permaneciendo unidos por sus ancas, evidenciando que el fenómeno natural del abotonamiento, se había producido una vez más...

- *Menos mal que no existe el abotonamiento en los humanos* - expresó José María con una pícaro sonrisa.

- *Es cierto, no existe en el coito humano, pero... algunas prácticas alternativas, han producido más de un abotonamiento...* - le contesto Miguelito, muy seguro, mientras vertía en su café el contenido de un sobrecito de azúcar

Marita, mi novia no daba señales de vida y Miguelito, continuaba hablando entusiasmado, por lo que nos acomodamos en las sillas, dispuestos a escucharlo en uno más de sus siempre interesantes relatos:

- *Hace unos cuantos años yo era médico del Hospital de la Zona Norte y estaba de guardia en el Servicio de Ambulancias. Una tarde y mientras escuchábamos por radio un partido de la Selección de fútbol, tomando mate y comiendo bizcochitos de grasa, charlando con los chóferes y enfermeros de turno, se recibió un pedido de auxilio proveniente de un conocido hotel alojamiento de la Ruta Panamericana.*
- *¡Hubiese sido lindo que te tocara salir en ese auxilio con una enfermera!* - acotó José María en tono jocoso y luego, agrego - *Yo tuve un caso en que un hombre vino a la guardia con una botella de gaseosa introducida en el ano, que tuvimos que romperla para extraérsela...*
- *Claro, porque una parte del intestino grueso hace vacío y se hace imposible sacarla...* - contestó Miguelito y prosiguió - *Les sigo contando. Lo pensamos y decidimos salir con la Unidad Coronaria y no con una ambulancia común, pues concluimos que si el auxilio era requerido desde un albergue transitorio, casi siempre se trataba de un caso muy grave, extremo y con riesgo de vida. La gente suele ser capaz de aguantar cualquier dolencia aguda, hasta extremos inimaginables, con tal de no correr el riesgo de ser descubierto en un lugar "non sancto"*
- *También tuve otro caso, el de una mujer que llegó hasta la guardia con un tubo de aerosol en el recto* - continuaba José María interrumpiendo, agregando más y más comentarios de sus anécdotas personales, aunque afortunadamente sin provocar reacciones negativas en Miguelito.
- *Cuando llegamos, el dueño del lugar estaba enloquecido, pues la presencia de nuestra ambulancia le daba una muy mala publicidad a su negocio* - prosiguió contando luego, nuestro urológico amigo - *Reprimiendo su bronca, el conserje nos informó que una pareja había ingresado cerca de las once de la mañana, para hacer uso de una de las tantas habitaciones. Los dueños tuvieron la sensación de que había problemas en esa suite, desde alrededor de las tres de la tarde, pero recién esa pareja los dejaron llamar a una ambulancia, a las dieciocho y treinta... luego de escucharse unos desgarradores gritos de ambos sexos.*

José María intentó interrumpirlo con otro de sus habituales bocadillos, pero sin dudar lo frené diplomáticamente... con la palma de mi mano, tapándole su boca.

- *Me abrieron una de las puertas de la suite en que se encontraba la pareja y entre... Ella estaba de pie, agarrada de la cabecera de la cama y apoyando su frente contra la pared. Alzó su cabeza para mirarme y detrás de una desordenada cabellera rubia teñida... apareció la cara desencajada de Jovita, la conocida mucama de la Dirección Médica del mismo Hospital, la cual lloriqueando indignada me dijo, mientras señalaba hacia atrás con el pulgar a su inseparable amante, que la seguía penetrando por detrás, aun en mi presencia " - Este tipo es un reverendo hijo de*



- puta. Siempre amenaza que me va a echar si no me acuesto con él ... pero no le alcanza y siempre me pide más... y más... y más...y más”*
- *¡Uy...! ¿¡Y el tipo ese, quien era!?* - pregunto José María, ahora enganchado con el relato y comiéndole a Miguel, las masitas que acompañaban al café cortado.
  - *Alguien que no nos imaginábamos, por lo menos yo...* - contestó Miguelito, interrumpiendo su relato para beber un prolongado sorbo del café, ahora muy seguro de haber captado nuestra atención y de que no se lo interrumpiría - *era nada menos que el Jefe de Personal del Hospital, el mismo que nos vivía diciendo con sorna, si acaso llegábamos un minuto tarde a prestar servicio “Caballeros, hay que dar una buena imagen...” y encima, nos descontaba el sueldo.*
  - *¿Y que les había pasado?* - pregunté ansioso, aunque tratando de disimular.
  - *Habían quedado abotonados... Él, había exigido tener relaciones por el ano y ella - presionada por perder su trabajo -, terminó fisurada y haciendo un espasmo del esfínter anal, tras lo cual él, no pudo retirar su miembro viril, a pesar de los innumerables esfuerzos y lubricantes que utilizó...*
  - *¡Que bueno... la mina lo cagó al tipo ese....!* - acotó José María, abriendo al máximo sus ojos y elevando levemente la cabeza.
  - *Perdieron los dos, pues hubo que sacarlos de aquel hotel con la ayuda de los bomberos, a través de una ventana, ya que por el elevado peso de ambos y el dolor intenso, no se pudo bajarlos por la escalera -* continuó narrando Miguelito, mientras apuraba su último trago de café - *Los trasladamos hasta la guardia médica, cubriendo sus cuerpos y cabezas con las frazadas del hotel, grabadas con el nombre del mismo en letras de tamaño cartel. Las bromas y comentarios de todo tipo, pulularon por los largos corredores del hospital: ¿¡Acaso los pondrán en sala de hombre o de mujer? ¿¡El Jefe de personal con una mucama de la Dirección...? ¿¡Y por atrás?!*
  - *¿Y que hicieron médicamente para desabotonarlos?* - pregunté ya en el paroxismo de la curiosidad.
  - *Los cirujanos y los anestesiastas, dudaban entre hacerle una anestesia general con un relajante muscular como el Curare, o hacerle un bloqueo peridural a la mujer, para relajarle el esfínter anal -* Comentaba Miguel, tamborileando sus dedos sobre la mesa - *Al final, optaron por la ultima opción y los despegaron... pero él, no se la llevó gratis. Tuvo una severa lesión en la cabeza del pene, que luego con el correr de los días, se le infectó...*
  - *Mamita...* - exclamó José María, cubriéndose con ambas manos su entrepierna y riéndose a carcajadas - *Te imaginas que yo entrase un día al hospital, trayendo una chica “en el caño de la bicicleta...”*

Mis amigos pagaron su consumición y se fueron. Al rato, apareció por fin Marita, mi novia, vestida para matar y contorneándose al caminar como una bailarina exótica, que dejaba hipnotizados a cuantos la miraban. Lucía unos increíbles pantalones negros ajustados, que resaltaban las curvas contorneadas de sus muslos y ascendían vertiginosamente hasta el capitel de sus firmes caderas. Una frágil y etérea remerita roja, definía su cintura pequeña y ascendía como por los bordes de una copa, hasta un tórax adornado con unos pechos alucinantes, deliciosos...

---

Teníamos un pacto, por el cual alternábamos semana a semana, quien era el que proponía las salidas y quien, el que elegía entre esas opciones. Hoy, era ella la que debía proponer dos o tres opciones de salida y yo, el que debía decidir.

Una de las alternativas, era escuchar a José Saramago en el auditorio del Malba, ese moderno museo de arte que se alza en Palermo Chico, hablando sobre filosofía y política o...la otra, cenar a la luz de la luna, en un restaurante de la costanera y luego... bueno, luego... reventar la noche entre las sabanas de un alojamiento cinco estrellas, recientemente inaugurado.

- *José Saramago, sin dudas...* - exclamé, quizás... con demasiada seguridad, pues Marita no me dirigió la palabra por el resto de la noche.

*Fin*